



De actualidad

HISTORIAS

"¡Liberales: no hay más porvenir para vosotros que la insurrección o la esclavitud!" Así escribía el 4 de julio de 1854, después de la acción de Vicálvaro el general don Leopoldo O'Donnell, jefe después de la Unión liberal. Y tres días después firmaba el Manifiesto de Manzanares, redactado por don Antonio Cánovas del Castillo, mozo entonces de veintiseis años. Manifiesto en que se hablaba del "yugo de los tiranos" y de las camarillas que deshonoraban al trono. Y eso que Cánovas no conocía aún las camarillas entonces más que de oídas y de lejos.

A la pobre reina Isabel, juguete de encontrados intereses y sobre todo de los manejos y agiotajes de la negocianta que era su madre le hicieron decir aquello de: "Españoles, una serie de lamentables equivocaciones me había separado de vosotros" Pero las lamentables equivocaciones prosiguieron; abrióse otra nueva serie de ellas. Y de 1854, en que al insurreccionarse para no caer en esclavitud, los liberales tuvieron que expulsar de España a doña María Cristina de Borbón, la ex gobernadora cuyo palacio fué antes asaltado por las turbas, de 1854 se pasó a 1866, y de 1866 a 1868, en que estalló la revolución de septiembre.

En vísperas de la Revolución, en sus días mismos, el jefe del Gobierno, González Bravo, el antiguo redactor del procaz "El Guirigay", escribía: "No me impresiona esto. Hasta me alegraría de ello. La lucha pequeña y de policía me fastidia. Venga algo gordo que haga latir la bilis, con tal que no venga por provocación ni por negligencia de mi parte. Entonces tiráremos resueltamente del puñal y nos agarraremos de cerca y a muerte. Entonces respiraré ancho; no ahora que todo se vuelven traguitos"

"¡Venga algo gordo!" Y vino lo que se llamó la Gorda. Gorda que muy pronto enflaqueció. Y Gorda que había provocado, aunque él dijese otra cosa, el provocador y provocativo González Bravo, que era uno de esos atolondrados que creen que debe

darse la batalla. Para salir luego de ella acribillados de tolondros los demás.

Tiempos aquellos en que tenían que luchar los liberales, en 1868 por lo mismo por que lucharon en 1854 y antes en 1820 y antes en 1814, y antes... Y así siempre. Por lo mismo por lo que tienen que bregar aún hoy.

Tienen que luchar... ¿pero luchan? Mas antes, ¿dónde están? ¿Dónde están hoy los liberales? ¿Quiénes son? ¿Cuál su tradición? ¿Cuál su historia?

Frente a Cánovas se encontraron luego los llamados por especialidad liberales, aunque el autor del Manifiesto de Manzanares, el que abominó de las camarillas que en 1854 deshonoraban el Trono, y siguió abominando de ellas, no tuvo nunca empacho en llamarse liberal, ni cuando Sardá y Salvany y acólitos campanilleaban que el liberalismo es pecado, y hasta se envaneció de llamarse así y de serlo.

¡La Camarilla de 1854! ¡La Camarilla de 1868! Porque entonces también había Maese Pedro, Ginesillo de Parapilla, con su compañía, que manejaba los muñecos del retablo y dirigía, como el de nuestro Libro, no sólo la huída de don Gaiferos, sino hasta los cetrazos que le propinaba Carlomagno. Lo que no sabemos es si la Camarilla de 1868 buscaba, como González Bravo, algo gordo que hiciera latir la bilis. Creemos, más bien, que se contentaba con los traguitos.

¡Si esos liberales—¿liberales?—que dicen que van a unirse quisieran tomarse el trabajo—trabajo gustosísimo y ameno—de repasar la historia del asendereado y ajetreado y zaranreado y traqueteado liberalismo español...! Al cual parece que le llevan a la horca, como a Riego, en un zarrapastroso serón y arrastrado por un borrico.

¡Liberalismo! Para que haya liberalismo, que es cosa de doctrina, y por ende externa, tiene que haber liberalidad de espíritu, que es cosa íntima y de corazón. Y esta liberalidad se cobra o se corrobora viviendo la

historia y viviendo en ella, templándose en su tradición, escaldando el ánimo a su lumbre. Y no en rescoldos.

Algunos de los caudillos sedicentes—y creemos que lo sean, aún a su pesar a las veces—liberales de hoy no son ya, afortunadamente para la causa liberal, mozos que conserven ganas de poderío. Hay cierta edad climatérica, que podríamos decir la de la menopausia espiritual, en que lo que se emprende es para después de uno, en que se mira más allá de la propia menguada vida individual, en que se siente la eternidad de la historia. Y es entonces cuando más se vive de recuerdos, cuando también más se mira al porvenir, cuando más porvenir se tiene. Y es entonces cuando se debe estudiar el pasado.

Los mozos, que acostumbran despreciar la obra de sus padres, no trabajan para sus hijos, sino para sí mismos. Sólo el que tiene hijos, de carné o de espíritu, sabe lo que vale la obra de los que le dieron cuerpo y espíritu, sobre todo espíritu. Y de los que le dieron libertad.

¿Creen los liberales de hoy que está esto claro? ¿Lo cree nuestro amigo el conde de Romanones que ha escrito que a las Monarquías constitucionales—"por la gracia de Dios Rey constitucional de España..."—tienen que suceder ya las "integralmente democráticas"? ¿Habrá que repetir las palabras de O'Donnell?

MIGUEL DE UNAMUNO

